

GEORGE R. R.

MARTIN



EL CABALLERO
MISTERIOSO

En el país de Poniente, donde la calma solo se puede explicar por la tormenta que ha de acontecer, Dunk y Egg han emprendido un viaje hacia Invernalía. Pero algo les detiene en el camino. Lord Butterwell celebra su boda y como parte de los festejos ha organizado un torneo cuyo campeón se hará con un premio único: un huevo de dragón.

Dunk estaría mejor pasando desapercibido. Solo desea un plato caliente, una copa de vino y una bolsa llena de monedas. Sin embargo, en los rincones de Murosblancos podría estar tramándose una peligrosa conspiración. Y quizá Dunk y Egg lleguen demasiado tarde para evitar que se lleve a cabo.

Los eventos transcurren aproximadamente ochenta y seis años antes de los eventos de *Juego de Tronos*.

Caía una suave lluvia de verano cuando Dunk y Egg se despidieron de Septo de Piedra.

Dunk iba en su viejo caballo de batalla, Trueno. A su lado, en el brioso y joven palafrén al que había puesto el nombre de Lluvia, Egg tiraba de su mula Maestre. Llevaba esta última en su lomo un fardo con la armadura de Dunk, los libros de Egg, las esterillas, tiendas y ropa de ambos, varios cortes de tasajo de buey, medio frasco de hidromiel y dos odres de agua. El viejo sombrero de paja de Egg, blando y de ala ancha, protegía de la lluvia la cabeza de la mula. El niño había hecho agujeros para las orejas de Maestre. En la cabeza de Egg estaba su nuevo sombrero de paja. Dunk los veía iguales, a excepción de los agujeros para las orejas.

Al acercarse a las puertas de la villa, Egg tiró con fuerza de las riendas. Sobre la entrada estaba la cabeza de un traidor empalada en una pica de hierro. A juzgar por su aspecto era reciente, con carne más rosada que verde, pero las cornejas ya habían empezado a dar cuenta de ella. Los labios y las mejillas del muerto estaban destrozados, y sus ojos eran dos orificios marrones que lloraban lentas lágrimas rojas, al mezclarse las gotas de lluvia con la sangre encostrada. El cadáver tenía la boca muy abierta, como si arengara a los viajeros que cruzaban las puertas bajo él. No era la primera vez que Dunk veía algo semejante.

—De pequeño, en Desembarco del Rey, robé una cabeza de su pica —le explicó a Egg.

En realidad había sido Hurón el que había escalado el muro para llevarse la cabeza, después de que Rafe y Morcilla aseguraron que no se atrevería, pero la había soltado al ver llegar corriendo a los guardias y la cabeza había caído en manos de Dunk.

—Era algún señor rebelde o algún caballero ladrón. A menos que fuera un simple asesino de a pie... Las cabezas son cabezas. Después de unos días en una pica, todas se parecen.

Dunk y sus tres amigos habían usado la cabeza para atemorizar a las niñas del Lecho de Pulgas. Las perseguían por los callejones y las obligaban a darle un beso antes de soltarlas. A aquella cabeza la habían besado mucho, recordaba. En Desembarco del Rey no había ninguna niña que corriera tanto como Rafe. Aquella parte, sin embargo, mejor que no la oyera Egg. «Hurón, Rafe y Morcilla. Menudos tres monstruitos. Y yo el peor de todos». Sus amigos y él habían guardado la cabeza hasta que la carne se había puesto negra y empezado a desprenderse. A partir de entonces ya no tenía gracia perseguir a las niñas, así que una noche entraron furtivamente en un tenderete y echaron los restos en un guiso.

—Los cuervos siempre empiezan por los ojos —le dijo a Egg—. Luego se hunden las mejillas, la carne se pone verde... —Aguzó la mirada—. Espera. Yo esta cara la conozco.

—Es verdad, ser —dijo Egg—. Hace tres días. El septón jorobado al que oímos predicar en contra de lord Cuervo de Sangre.

Se acordó con brusquedad. «Era un hombre santo, juramentado a los Siete, aunque predicara la traición».

—Sus manos están manchadas con la sangre de un hermano, y también con la de sus jóvenes sobrinos —había dicho el jorobado ante la multitud reunida en la plaza del mercado—. Por orden suya, una sombra estranguló en el útero materno a los hijos del valeroso príncipe Valarr. ¿Dónde está ahora nuestro Príncipe Joven? ¿Dónde su hermano,

el dulce Matarys? ¿A dónde fue el buen rey Daeron y el intrépido Baelor Rompelanzas? A todos se los llevó la tumba, y sin embargo él permanece, como pálido pájaro de pico ensangrentado que, subido al hombro del rey Aerys, le grazna cosas al oído. Lleva en el rostro y en la órbita vacía la marca del infierno, y nos ha traído la sequía, la peste y el asesinato. Yo les digo que se levanten y recuerden a su verdadero rey, al otro lado de las aguas. ¡Siete son los dioses, y siete los reinos, y el Dragón Negro engendró a siete hijos! Levántense, señores y señoras. Levántense, valientes caballeros y robustos labriegos, y derroquen al vil hechicero Cuervo de Sangre si no quieren que sus hijos y los hijos de sus hijos queden malditos para siempre.

«Ni una sola palabra que no fuera traición». Aun así impactaba verlo en ese estado, con las órbitas vacías.

—Sí, es él —dijo Dunk—. Otro buen motivo para dejar atrás esta ciudad.

Tocó a Trueno con las espuelas y cruzó en compañía de Egg las puertas de Septo de Piedra, mientras escuchaban el suave ruido de la lluvia. «¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?», decía el acertijo. «Mil, y uno más». Algunos decían que la mano del rey era un estudioso de la magia negra, capaz de cambiar de cara, adoptar la forma de un perro tuerto e incluso de convertirse en niebla. Se decía que a sus enemigos los perseguían jaurías de lobos grises y famélicos, y que tenía a su servicio cornejas espías que le susurraban secretos al oído. Dunk estaba seguro de que en la mayoría de los casos eran simples cuentos, pero nadie dudaba de que Cuervo de Sangre tuviera informadores en todas partes.

Dunk lo había visto una vez con sus propios ojos en Desembarco del Rey. Blancos como el hueso eran la piel y el pelo de Brynden Ríos, y su ojo —uno solo, ya que el otro se lo había quitado su hermanastro Aceroamargo en el campo de Hierba Roja—, rojo como la sangre. Llevaba en

la mejilla y el cuello la marca de nacimiento color vino por la que le habían puesto su apodo.

Lejos ya de la ciudad, Dunk carraspeó.

—Mal asunto cortarles la cabeza a los septones —dijo—. Lo único que hizo fue hablar. Las palabras son aire.

—Algunas son aire, ser, y otras traición.

Egg estaba flaco como un palo y era todo costillas y codos, pero boca sí tenía.

—Ahora sí que hablas como un verdadero principito.

Egg se lo tomó como un insulto, y lo era.

—Aunque fuera septón, predicaba mentiras, ser. La sequía no es culpa de lord Cuervo de Sangre, ni la gran epidemia primaveral.

—Es posible, pero si empezamos a cortarles la cabeza a todos los insensatos y mentirosos, la mitad de las ciudades de los Siete Reinos se quedará vacía.

Seis días después la lluvia era solo un recuerdo. Dunk se había quitado la túnica para disfrutar del calor del sol en su piel. Cuando se levantó algo de brisa, fresca y fragante como aliento de doncella, suspiró.

—Agua —anunció—. ¿La hueles? El lago ya no puede estar muy lejos.

—Yo solo huelo a Maestre, ser. Apesta.

Egg dio un brutal estirón a la mula, que se había detenido a comer hierba en las lindes del camino, como de vez en cuando tenía por costumbre.

—A orillas del lago hay una vieja posada —Dunk se había alojado una vez en ella cuando era escudero del viejo—. Ser Arlan decía que hacían buena cerveza tostada. Tal vez podamos probarla mientras esperamos la barca.

Egg lo miró esperanzado.

—¿Para acompañar la comida, ser?

—¿A qué comida te refieres?

—¿Un trozo de asado? —dijo el niño—. ¿Un poco de pato? ¿Un cuenco de estofado? Lo que tengan, ser.

Hacía tres días que no comían nada caliente. Habían sobrevivido a base de imprevistos y tasajo de buey, duro como madera. «Estaría bien meternos en la barriga un poco de comida digna de ese nombre antes de salir hacia el norte. El Muro queda muy lejos».

—También podríamos pasar la noche —propuso Egg.

—¿Desea mi señor un lecho de plumas?

—Me conformo con paja, ser —dijo Egg, ofendido.

—No tenemos dinero para dormir en cama.

—Tenemos veintidós peniques, tres estrellas, un venado y el viejo granate mellado, ser.

Dunk se rascó la oreja.

—Creía que teníamos dos piezas de plata.

—Las teníamos hasta que compraste la tienda. Ahora solo queda una.

—Y si empezamos a dormir en posada no nos quedará ninguno. ¿Qué quieres, compartir la cama con un vendedor ambulante y despertarte con sus pulgas? —Dunk resopló por la nariz—. Yo no. Tengo las mías y no les gustan los desconocidos. Dormiremos bajo las estrellas.

—Están bien las estrellas —reconoció Egg—, pero el suelo es duro, ser, y a veces es bueno tener una almohada para la cabeza.

—Las almohadas son para los príncipes —no se podía desear mejor escudero que Egg, pero muy de vez en cuando le daban arrebatos principescos. «El niño tiene sangre de dragón, nunca lo olvides». Dunk la tenía de mendigo. Al menos era lo que siempre le habían contado en el Lecho de Pulgas, cuando no le auguraban con seguridad la horca—. Tal vez podamos permitirnos un poco de cerveza y una cena caliente, pero no pienso dilapidar buenas monedas en una cama. Debemos ahorrar nuestros peniques para el barquero.

La última vez que había cruzado el lago, la barca solo costaba unos cuantos cobres, pero de eso hacía seis o siete años y desde entonces todo se había encarecido.

—Bueno —dijo Egg—, tal vez podríamos usar mi bota para el cruce.

—Podríamos —dijo Dunk—, pero no lo haremos.

Usar la bota era peligroso. «Se correría la voz. Siempre se corre la voz». Su escudero no era calvo por casualidad. Egg tenía los ojos morados de la vieja Valyria y un pelo que brillaba como oro batido entreverado de hebras de plata. Dejarse crecer un pelo así era como llevar un broche con un dragón de tres cabezas. Corrían tiempos peligrosos en Poniente, y... No valía la pena arriesgarse.

—Como vuelvas a nombrar la bota de los demonios, te daré tal golpe en la oreja que cruzarás volando el lago.

—Preferiría nadar, ser —Egg era un buen nadador, a diferencia de Dunk, que no sabía. El niño se giró en la silla de montar—. Ser, se acerca alguien por detrás en el camino. ¿Oyes los caballos?

—No soy sordo —Dunk también veía el polvo que levantaban—. Un grupo grande. Y con prisas.

—¿Crees que se trate de forajidos, ser?

Egg se levantó en los estribos, más impaciente que asustado. Así era el niño.

—Los forajidos serían más sigilosos. Los únicos que hacen tanto ruido son los señores —Dunk sacudió la empuñadura de su espada para aflojar la hoja en la vaina—. De todos modos nos apartaremos del camino para dejarlos pasar. Hay de señores a señores.

Nunca estaba de más ser cauteloso. Los caminos no eran tan seguros como cuando ocupaba el Trono de Hierro el buen rey Daeron.

Dunk y Egg se escondieron tras unas zarzas. Dunk se quitó el escudo y se lo pasó por el brazo. Era viejo, alto, pesado, en forma de cometa. Estaba hecho de madera de pino ribeteada de hierro. Lo había comprado en Septo de

Piedra para sustituir el que le había hecho astillas Tres Varas al luchar contra él. Como no había tenido tiempo de pintar su olmo y su estrella fugaz, aún llevaba las armas del dueño anterior: un tétrico y gris ahorcado bajo una horca. Él no habría elegido un emblema así, pero el escudo le había salido barato.

Poco después pasaron al galope los primeros jinetes: dos jóvenes señores montados en sendos corceles. El del bayo llevaba un yelmo abierto de acero dorado, con tres grandes penachos: uno blanco, uno rojo y el otro dorado. La capizana de su caballo llevaba penachos a juego. El corcel negro de al lado tenía barda azul y oro, y el viento hizo rielar sus jaeces al pasar como una exhalación. Los jinetes, que cabalgaban uno junto al otro, gritaban y reían en una vorágine de capas largas.

Los seguía con mayor sosiego otro señor a la cabeza de una larga columna. El grupo constaba de dos docenas de hombres, entre mozos de cuadra, cocineros y criados, todos al servicio de tres caballeros, a los que se añadían soldados y ballesteros a caballo. Llevaban una docena de carromatos muy cargados de armaduras, tiendas y provisiones. El señor llevaba colgado de su silla de montar un escudo de color naranja oscuro, con tres castillos negros.

Dunk conocía aquellas armas, pero ¿de dónde? El señor que las llevaba era un hombre de cierta edad, mueca amarga y taciturna, y barba corta salpicada de canas. «Tal vez estuviera en Vado Ceniza», pensó Dunk. «A menos que sirviéramos en su castillo cuando yo era escudero de ser Arlan». El viejo caballero errante había servido en tantas fortalezas y castillos que Dunk no se acordaba ni de la mitad.

El señor tiró con brusquedad de las riendas y miró las zarzas, ceñudo.

—Ustedes, los de la zarza. Muéstrense.

Detrás de él dos ballesteros introdujeron sendas flechas en la ranura. Los demás siguieron su camino.

Dunk salió de entre las hierbas altas con el escudo en el brazo y la mano derecha en la empuñadura de su espada. El polvo levantado por los caballos había convertido su rostro en una máscara de color marrón rojizo. Estaba desnudo de la cintura para arriba. Su aspecto, lo sabía, era de gran desaliño. Aun así lo más probable era que la cara de sorpresa del señor se debiera a su estatura.

—No buscamos problemas, mi señor. Solo somos dos, mi escudero y yo.

Le hizo señas a Egg de que se adelantara.

—¿Escudero? ¿Pretendes ser caballero?

A Dunk no le gustó cómo lo miraba aquel hombre. «Estos ojos podrían desollarte». Le pareció prudente apartar la mano de la empuñadura.

—Soy un caballero errante en busca de servicio.

—Lo mismo decían todos los caballeros ladrones a los que he ahorcado. Tal vez su divisa sea profética, ser... si es que eres tal. ¿Son esas tus armas?

—No, mi señor. Debo volver a pintar el escudo.

—¿Por qué? ¿Lo robaste de un cadáver?

—Lo compré, y sus buenas monedas me costó —«Tres castillos, negro sobre naranja... ¿Dónde lo he visto?»—. No soy ningún ladrón.

Los ojos del señor eran como esquirlas de pedernal.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz de la mejilla? ¿A causa de un latigazo?

—Una daga, aunque mi rostro no es de su incumbencia, mi señor.

—Qué es de mi incumbencia lo decido yo.

Para entonces los dos caballeros más jóvenes ya habían regresado al trote, con la intención de averiguar la causa de la demora.

—Ah, Gormy, aquí estás —dijo el del corcel negro, un joven ágil y delgado, de rasgos agradables y cara bien afeitada. Le caía casi hasta los hombros un pelo negro y lustroso. Su jubón era de seda azul oscuro, con ribetes de raso

dorado. Llevaba bordadas en el pecho, con hilo de oro, una cruz angrelada con un violín de oro en el primer y tercer cuarto y una espada también de oro en el segundo y el cuarto. Sus ojos, que reflejaban el oscuro azul de su jubón, chispeaban de alborozo—. Alyn ya temía que te hubieras caído del caballo. Clara excusa, creo yo. Estaba a punto de dejarte en el polvo de mi caballo.

—¿Quiénes son estos forajidos? —preguntó el jinete del bayo.

Egg se encrespó por el insulto.

—No tiene ningún derecho a llamarnos forajidos, mi señor. Al ver su polvareda también pensamos que ustedes lo eran. Por eso nos escondimos. Aquí tiene a ser Duncan el Alto. Yo soy su escudero.

Los jóvenes señores le hicieron tan poco caso como al croar de una rana.

—Me parece que nunca había visto a un patán de tales dimensiones —declaró el caballero de los tres penachos, que bajo su pelo, rizado y de oscuro color miel, tenía una cara regordeta—. Apuesto a que supera en varios dedos los cinco codos. Menudo estruendo hará al caer.

Dunk notó que se sonrojaba. «Perderías la apuesta», pensó. La última vez que lo habían medido, Aemon, el hermano de Egg, había declarado que excedía los cinco codos, pero en un solo dedo.

—¿Aquel de allá es tu corcel, ser Gigante? —dijo el señor de los penachos—. Supongo que podríamos descuartizarlo y usarlo de comida.

—Lord Alyn se olvida a menudo de la cortesía —dijo el caballero del pelo negro—. Le ruego, ser, que olvide sus palabras groseras. Alyn, pide perdón a ser Duncan.

—Si no hay más remedio... ¿Me perdona, ser?

Hizo girar su bayo sin aguardar la respuesta y se alejó al trote por el camino.

El otro se quedó.

—¿Se dirige a la boda, ser?

Por alguna razón, su tono dio ganas a Dunk de estirarle el bucle de la frente, pero resistió el impulso.

—Nos dirigíamos a la barca, mi señor.

—Como nosotros... Pero aquí los únicos señores son Gormy y el gandul que acaba de dejarnos, Alyn Cockshaw. Yo soy un caballero errante, como usted. Me llaman ser John el Violinista.

Era el tipo de nombre que elegían los caballeros errantes. Dunk, sin embargo, nunca había visto a ninguno vestido, armado o montado con tal esplendor. «Dorada errancia», pensó.

—Mi nombre ya lo conoce. El de mi escudero es Egg.

—Bien hallado, ser. Vamos, cabalguen con nosotros hasta Muros Blancos y rompan algunas lanzas para ayudar a lord Butterwell a celebrar sus nuevas nupcias. Estoy seguro de que no quedarán en mal lugar.

Dunk no había participado en ninguna justa desde Vado Ceniza. «Si pudiera ganar algunos rescates comeríamos bien durante el viaje al Norte», pensó.

—Ser Duncan debe proseguir su viaje, al igual que nosotros —dijo, sin embargo, el señor de los tres castillos en el escudo.

John el Violinista no le hizo caso.

—Con sumo gusto cruzaría mi espada con la suya, ser. Me he medido con hombres de muchas tierras y razas, pero jamás con uno de su estatura. ¿Su padre también era alto?

—No conocí a mi padre, ser.

—Me apena saberlo. También el mío me fue arrebatado a deshora —el Violinista se volvió hacia el señor de los tres castillos—. Deberíamos pedirle a ser Duncan que se una a nuestra alegre comitiva.

—No necesitamos a los de su calaña.

Dunk no sabía qué decir. No era frecuente que los caballeros errantes y sin recursos fueran invitados a cabalgar con nobles de alta cuna. «Yo tendría más en común con sus criados». A juzgar por la longitud de su columna, lord Co-

ckshaw y el Violinista traían mozos de cuadra para atender los caballos, cocineros para darles de comer, escuderos para limpiarles las armaduras y guardias para defenderlos. Dunk tenía a Egg.

—¿Su calaña? —rió el Violinista—. ¿Y de qué calaña se trata? ¿La alta? Fíjense en su estatura. Nos interesan hombres fuertes. A menudo he oído decir que valen más espadas jóvenes que nombres viejos.

—Se lo habrá escuchado a necios. No sabes nada de este hombre. Podría ser un bandolero, o uno de los espías de lord Cuervo de Sangre.

—Yo no espío para nadie —dijo Dunk—. Además, mi señor no tiene ningún derecho a hablar de mí como si estuviera sordo o muerto o en Dorne.

Los ojos de pedernal se le quedaron mirando.

—Dorne sería un buen lugar para usted, ser. Tiene mi permiso para hacer el viaje.

—No le haga caso —dijo el Violinista—. Es un viejo amargado que no se fía de nada. Gormy, este amigo me da buena espina. Ser Duncan, ¿nos acompaña a Muros Blancos?

—Mi señor... —¿cómo iba a unirse al campamento de una gente así? Sus criados levantarían pabellones, sus mozos de cuadra almohazarían los caballos y sus cocineros les servirían a cada uno un capón o un asado de cordero. En cambio Dunk y Egg roían trozos de tasajo de buey—. No me es posible.

—Ya lo ven —dijo el señor de los tres castillos—. Conoce su lugar y no es junto a nosotros —orientó de nuevo su caballo hacia el camino—. Lord Cockshaw ya nos lleva media legua.

—Supongo que tendré que volver a darle caza —el Violinista lanzó a Dunk una sonrisa de disculpa—. Tal vez volvamos a encontrarnos. Así lo espero. Sería un placer probar mi lanza en usted.

Dunk no supo qué decir.

—Buena suerte en la liza, ser —respondió al fin, pero ser John ya había dado media vuelta para salir en persecución de la columna.

El mayor de los señores se marchó tras él. Dunk se alegró de que se fuera. No le habían gustado sus ojos de pedernal ni la arrogancia de lord Alyn. En cuanto al Violinista, pese a su afabilidad, también tenía algo raro.

—Dos violines y dos espadas, y una cruz angrelada —le dijo a Egg mientras miraban la nube de polvo—. ¿Qué casa es esa?

—Ninguna, ser. Nunca había visto un escudo así en los armoriales.

«Quizá sí sea un caballero errante, a fin de cuentas». Dunk había creado sus armas en Vado Ceniza, cuando una titiritera, Tanselle la Giganta, le preguntó qué quería que le pintara en el escudo.

—¿El mayor de los señores tenía algún parentesco con la casa Frey?

Los Frey llevaban castillos en sus escudos y sus tierras no quedaban a gran distancia de donde se encontraban ellos.

Egg puso los ojos en blanco.

—Las armas de los Frey son dos torres azules unidas por un puente, sobre campo gris, mientras que en este caso eran tres castillos negros sobre naranja, ser. ¿Viste algún puente?

—No —«Solo lo hace para molestarme»—. Y la próxima vez que me pongas los ojos en blanco te daré tal golpe en la oreja que te quedará al revés.

Egg parecía arrepentido.

—No quería...

—Me da igual lo que quisieras. Tú dime quién era y punto.

—Gormon Peake, el señor de Starpike.

—Eso se localiza en el Dominio, ¿no? ¿Tiene tres castillos de verdad?